

Elegías a una ciudad universal

De Nostradamus a Víctor Hugo, pasando por Lord Byron y los románticos ingleses, todos los autores coinciden en exaltar el heroísmo sin precedentes de Zaragoza.

Juan Domínguez Lasierra



De la triste situación en que quedó la ciudad al término de sus dos trágicos sitios dan un expresivo testimonio todos los autores que han tratado el tema. El general barón de Marbot, en sus Memorias sobre las campañas de Napoleón en la Península Ibérica, escribirá: “El día que siguió a la capitulación de Zaragoza, la guarnición, después de desfilarse ante el mariscal de Launes, depuso las armas y fue enviada a Francia como prisionera de guerra; mas como todavía se elevaba a un número de 40.000 hombres, dos tercios de ella se evadieron para comenzar otra vez a matar franceses, incorporándose a diversas guerrillas que nos hacían una guerra encarnizada. No obstante, una gran parte de los hombres que salieron de Zaragoza murieron de tifus, cuyos gérmenes portaban. En cuanto a la ciudad, sus calles, casi enteramente destruidas, eran verdaderos cementerios repletos de muertos y de moribundos. El contagio llegó a extenderse incluso a las tropas francesas que formaron la nueva guarnición”. J. Belmas, en *Journaux des sièges faits ou soutenus para les Français dans la péninsule de 1807 à 1814* (vol. II, París,

1836) dirá por su parte: “La ciudad era algo horroroso de contemplar. Respirábamos un aire infecto, que nos ahogaba. El fuego que aún estaba consumiendo varios edificios cubría el cielo de densa humareda. Las zonas contra las cuales se habían lanzado ataques no eran nada más que un montón de ruinas, mezcladas con cadáveres y miembros humanos esparcidos por doquiera. Incluso aquellas casas que pudieron salvarse de las explosiones e incendios aparecían plagadas de aspilleras o impactos de bala, cuando no dañadas por las bombas y los proyectiles. Encima de los pocos muros que aún permanecían en pie, trozos de techumbre, vigas suspendidas y tablones caídos amenazaban con desplomarse y aplastar a cualquiera que se acercase. A todo lo largo del Coso, que marcaba el límite de nuestra conquista, el suelo aparecía desgarrado por minas y bombas. Puertas y ventanas de los edificios estaban tapadas con sacos de arena, colchones o muebles. Todas las calles adyacentes se encontraban destruidas, con barricadas y escombros. Los hospitales habían sido abandonados, y los enfermos, semidesnudos,

vagaban por las calles. La nueva plaza del Mercado presentaba una de las visiones de mayor espanto: un gran número de familias, cuyas viviendas fueron incendiadas o destruidas, refugiábanse bajo los porches. Allí había ancianos, mujeres y niños yaciendo en promiscuidad por el suelo, entre muertos y agonizantes. En ese lugar de sufrimientos no oíamos más que alaridos de hambre, dolor y desesperación, que procedían de los todavía con vida". También doloridamente espantado se muestra el mariscal Lannes en el escrito al jefe de estado mayor de Napoleón, Berthier, en el que da cuenta de las bajas habidas: "He hecho un cálculo de personas muertas en Zaragoza desde el 21 de diciembre hasta el 21 de febrero, día de nuestra entrada en esta ciudad. Su Alteza observará, del informe estadístico remitido, que han fallecido 54.000 o más personas: es inconcebible. Desde nuestra entrada, al menos entre 8.000 y 10.000 han muerto también, de tal manera que, en el momento actual esta ciudad se ve reducida aproximadamente a 12.000 o 15.000 habitantes. También adjunto una carta que Palafox me escribió antes de su partida, así como una de sus proclamas. Su Alteza comprobará que este pobre desgraciado prestó únicamente su nombre a los frailes e intrigantes. Los primeros se encuentran casi todos muertos; sólo unos pocos se cuentan en cada monasterio, y su aspecto es enteramente cadavérico. Es imposible que Zaragoza pueda jamás recobrase; esta ciudad resulta algo espantoso de contemplar". Pero Zaragoza pudo recobrase, se levantó de sus propias ruinas y se hizo "inmortal" para la historia. La capital aragonesa sería, a partir de entonces, una Numancia rediviva, un símbolo en las luchas de liberación, un referente literario y pictórico.

Lord Byron canta a Agustina

De los abundantes testimonios literarios a que la gesta de los Sitios dio lugar, pocos tan singulares como el poema que Lord Byron dedicó a la heroína Agustina de Aragón en su Peregrinación de Childe Harold (1812):

¿Quién se maravillará al conocer su historia?
Si la hubierais conocido en sus momentos débiles,
Si hubierais percibido unos ojos negros que contrastaban con su tocado,

Si hubierais escuchado el tenue sonido de su voz en sus habitaciones, Si hubierais contemplado aquella mirada profunda que desafiaba la habilidad del pintor. Sus formas gráciles, de encanto más que femenino... Apenas creeríais que las murallas de Zaragoza La vieron sonreír con el rostro gorgoniano del peligro, Diezmando las filas cerradas

y persiguiendo la gloria sin temor. Cae su amante: ella no vierte una lágrima inútil: El capitán se desploma: ella toma el puesto temerario; Sus compañeros huyen despavoridos: ella detiene la vergonzosa desbandada; El enemigo se retira: ella encabeza las huestes victoriosas. ¿Quién como ella puede enfrentarse al espíritu de un amante? ¿Quién como ella vengar la caída de un caudillo? ¿Qué doncella podría reconquistar el honor que los hombres han perdido? ¿Quién acosaría con tal fiereza a los franceses que huyen, Derrotados por la mano de una mujer, ante unos muros sitiados?

Goya y Heredero se admiran

El entusiasmo del poeta inglés es bien patente, como lo fue la admiración de Goya ante el gesto de Agustina, a quien inmortalizara en uno de "Los desastres de la guerra": de pie, junto al cañón, rodeada de cuerpos muertos, en plena acción luchadora. Una leyenda, simple y expresiva, comenta: "¡Qué valor!". Es el mismo tono asombrado del sermón de Nicolás Antonio Heredero Mayoral, pronunciado en el antiguo templo de Montserrat, de Madrid, en 1818, en el que el profesor de elocuencia de la Universidad

Blasón de Cisneros discurre: "Cisnes del Ebro..., cantáis para morir... ya la ciencia infausta de los ingenieros prepara en regla la destrucción de una ciudad cuyos muros, son propiamente, unas tapias recientemente formadas de escombros y de barro; arruinarlos no será mucha gloria; defenderlos es heroica empresa..."

Nostradamus ya lo había profetizado.

Aunque ya todo estaba escrito desde el comienzo de los siglos, según las célebres profecías de Nostradamus:

Pau, Véronne, Vicence, Saragosse,
De glaives loings, terroir de sang humides:
Peste si grand viendra a la grande gousse,
Proches secours, et bien loin les remèdes.
Es decir,
Pau, Verona, Vicenza, Zaragoza,
Espadas lejanas, terrores húmedos de sangre:
Tan gran peste vendrá por la gran vaina (asedio)
Cercanos socorros y muy lejos el remedio.

O lo que es lo mismo:

"El ejército de los Pirineos, después de Verona y Vicenza, llevará la guerra lejos, hasta Zaragoza, e inundará de sangre esos territorios. Una gran calamidad será provocada por un gran sitio y, pese a los cercanos socorros, el remedio estará lejos". Es el augurio del Sitio de



"La Doncella de Zaragoza".
Sir D. Wilkie. Oleo sobre lienzo. 1927
Museo Provincial de Zaragoza



Zaragoza por las tropas napoleónicas después de las guerras en Italia, con referencia “a la gran vaina”, o gran sitio, y a esos “cercanos socorros” del ejército inglés, que no pudieron llegar a Zaragoza.

Edward Hanke Locker constata las heridas

Edward Hanke Locker, secretario de la flota inglesa en el Mediterráneo, se encuentra en 1813 con una ciudad que aún no se ha curado de las heridas de la guerra. “La noble defensa de esta ciudad contra el ejército de Lefèbvre Desnouttes, en 1808, hace de ella objeto de interés universal. Cinco años después la encontramos aún en ruinas, pues sus vecinos son



Nostradamus

demasiado pobres para restaurar hasta sus mismas propiedades”, nos dice, y añade que “Cada puerta y ventana que quedaba en pie llevaba las marcas de los proyectiles”. Locker nos habla de las heroínas de Zaragoza, de la catedral del Pilar, donde hace referencia al milagro del cojo de Calanda, en relación con la visita al templo del cardenal de Retz, quien pudo ver al hombre curado y cuyo milagro cita en sus Memorias (“Hume utilizó esta historia con el fin de ridiculizar, partiendo de un pretendido milagro, los prodigios narrados por los historiadores cristianos”: véase Investigación sobre el conocimiento humano, sección 10, “De los milagros”, parte II), de la catedral de la Seo (“del Seu”), cuya fachada crítica, de la Torre Nueva, cuya inclinación le intriga, y del convento de Santa Engracia.

La guerra de los Sitios vendría a suponer el fin del secular monasterio. El 13-14 de agosto de 1808, el general Lefèbvre ordena la voladura del templo, que queda convertido en escombros. Sólo se salva la portada plateresca de la fachada. En 1813 se recuperan los sepulcros de los mártires, que son trasladados a San Felipe y La Seo. Es el año en que Edward Hanke Locker inicia su visita a Aragón, en su mayor parte ya liberado de las tropas napoleónicas. La visita de Locker se produce en octubre de aquel año, en plenas fiestas del primer Pilar desfrancesado, y su relación y sus dibujos, que también era gran dibujante, se publicaron diez años después. La imagen de una Zaragoza en ruinas, tras el trágico conflicto bélico, queda bien patente en su descripción del convento de Santa Engracia:

“Entre los edificios públicos destruidos durante el sitio de Zaragoza, ninguno vimos que cautivara más nuestra atención que las ruinas de Santa Engracia, convento de Jerónimos fundado por Fernando e Isabel al unirse sus reinos. Sobresalía tanto por la belleza de la fábrica como por la abundancia de sus donaciones. El claustro estaba adornado con pilares de mármol y medallones. Su iglesia se dedicó a los santos mártires que padecieron la persecución de Daciano, cuyos huesos están depositados bajo las bóvedas de la cripta. La fachada de este edificio se adornó con numerosas estatuas, entre ellas las de los fundadores reales.

Aquí se podían ver tumbas espléndidas, como la del historiador Jerónimo Zurita, muerto en 1570. El convento era también estimado por sus valiosos cuadros; sin embargo, los monjes apreciaban sobre todos uno que suponían hecho por San Lucas, bajo el error común de que este evangelista era pintor. En la cripta, constantemente iluminada, rica en reliquias raras y suntuosas donaciones, se guardó la cabeza de la Santa Patrona, rodeada de un collar de piedras preciosas y protegida con un relicario de pura plata”.

Señala Locker que “No estamos debidamente versados en tradiciones y leyendas como para proporcionar la verdadera historia de la decapitación de Santa Engracia; y

como tenemos una pía ignorancia sobre este tema, nos abstendremos de repetir la historia del milagro”. Tras una escueta localización –“El convento da nombre a una de las puertas de Zaragoza, contigua a él. El pequeño río Guerva desemboca en el Ebro cerca de sus muros”–, cuenta finalmente la toma del monasterio: “Los franceses, tras varios intentos de tomar al asalto la ciudad, la sitiaron más estrechamente e hicieron avanzar una fuerte división a través del río para destruir los molinos que proporcionaban harina a los vecinos. A orillas del Guerva, a un tiro de pistola de sus muros de barro, única protección de aquel lado de la ciudad, empezaron a instalar sus baterías. El 3 de agosto los franceses abrieron tremendo fuego sobre Santa Engracia, que pronto estalló en llamas. Aprovechándose de la ventaja, avanzaron dos poderosas columnas que, tras una lucha desesperada, tomaron posición del barrio de Santa Engracia, desde donde llamaron a los habitantes a una rendición inmediata. La respuesta y la propuesta fueron igualmente lacónicas.

Propuesta: Cuartel General, Santa Engracia, La capitulación. Respuesta: Cuartel General, Zaragoza. Guerra a cuchillo. Palafox”. La destrucción de Santa Engracia no fue sólo producto de aquella guerra. Su fabuloso claustro gótico-mudéjar-plateresco –del que algunas ilustraciones nos traen su perdido esplendor– sería derribado por las autoridades municipales entre 1836-1842 sin que nadie se opusiera a semejante barbarie.

George Ticknor no encuentra parangón

En mayo de 1818 visitó Zaragoza Georges Ticknor, que llegaría a ser un conocido hispanista. De su viaje por la península ibérica son sus libros *Life, Letters and Journals* (1876) y *Ticknor's Travels in Spain* (1913), no traducidos al español. Los dos días de su estancia en Zaragoza, en compañía del pintor José Madrazo, le produjeron una honda impresión, latentes en la ciudad los trágicos hechos de la invasión napoleónica y visibles las huellas destructivas de los asedios. Si cuarenta y tres mil habitantes poblaban Zaragoza en 1808 –señala Ticknor–, diez años más tarde no llegaban a treinta mil los zaragozanos. La impresionante

resistencia popular de los Sitios asombra al viajero norteamericano: “No tengo palabras para expresar lo que he visto aquí, porque tales hechos no tienen paralelo. No se pueden entender ni explicar justamente unas personas únicas en la historia, que han dejado tras de sí monumentos tales cual ni los antiguos nos legaron. ¿Dónde están los modelos con qué medirlos ni los rivales con qué compararlos? Leipzig, Lutzen y Waterloo son campos de batalla comunes comparados con Zaragoza, porque se comprende resistencia tal por uno, dos o tres días. Pero, ¿cómo se pudo aguantar por meses, casi un año, según ocurrió en Zaragoza? De esto no hay ejemplos, y no puedo explicármelo”.

Al acercarse a la ciudad le recibe la grata vista de sus altas torres. Luego penetra en ella por una avenida “que debió haber sido magnífica antes de que todo fuera arruinado por el último sitio”, y que se trata, sin duda, del Coso. Compara la Torre Nueva con la de Pisa, por su inclinación, pero dice que la zaragozana es “quizás más admirable, porque está hecha de ladrillos”. El animoso Ticknor sube los 284 escalones de la torre –y los cuenta–, y desde lo alto, contempla la ciudad y sus alrededores, esa vega zaragozana por “doquier rica y abundante, singular contraste con la desolación del campo por donde había pasado”, viniendo de Barcelona.

Para Ticknor, el templo de La Seo es uno de los mejores ejemplos del gótico, aunque advierte una cierta desproporción en la fábrica. Su admiración máxima es para el Pilar: “Toda la iglesia es un monumento magnífico, los mármoles son ricos y espléndidos, las pinturas delicadas, la arquitectura imponente, el pabellón de la Virgen noble, puro y grande, de modo que no podría hallarse paralelo en ningún lado fuera de Italia”.

En Ticknor, la admiración de la ciudad va pareja con la admiración de sus gentes. Tal admiración le hará decir: “A un aragonés de la clase baja le confiaría mi bolsa y mi vida sin ninguna vacilación”. No cabe mayor elogio. Quince años después de la guerra, el general vizconde de Pelleport, que entró en España con los “Cien mil hijos de San Luis”, pudo apreciar el desapego de los aragoneses por los militares franceses y la dimensión de los destrozos causados por la guerra de la Independencia en la capital aragonesa, en la que habían progresado poco las obras de restauración. En sus Recuerdos militares e íntimos (de 1793 a 1853) escribe: “Bóvedas destruidas, paredes a punto de caer agujereadas por las aspilleras, casas que todavía llevan las huellas de los proyectiles lanzados por los franceses, tales fueron los objetos que primero me llamaron la atención. Estas ruinas nos recordaron el heroísmo de sus habitantes”.

Victor Hugo se despista un poco

Otro francés, y éste famosísimo, Víctor Hugo, hará de Aragón y de Zaragoza en particular escenarios de su gran drama románico Hernani, en el que trasciende la admiración del famoso autor por la gesta zaragozana de los Sitios. Será en todo caso esa admiración, que no el conocimiento real, lo que traduce ese escenario, que Víctor Hugo perfila vaga y confusamente, idealizándolo y haciéndolo uno con los de Vascongadas y Navarra. De su descripción de Zaragoza, sólo hay una referencial real, la que se refiere al templo del Pilar, donde admira además de la columna sagrada, “las velas, los cirios y a nuestra Señora resplandeciente en su hornacina, con un manto de oro, en el fondo del oscuro corredor”. El palacio de Aragón, donde Hernani se casa de noche, viene a ser un trasunto de la Aljafería, en el que lo árabe se mezcla con lo gótico.

Samuel Edward Cook se entristece

Samuel Edward Cook visita Zaragoza en el verano de 1831. Señala el gran viajero inglés que la reconstrucción de la capital aragonesa proseguía lentamente después de los terribles daños sufridos durante el gran sitio de 1809, y que entristecía ver convertidas en casas de vecindad las mansiones que seguían en pie, con sus cornisas decoradas y sus atrevidos salientes.

Dembowski recuerda una copla

En febrero de 1848 pasa por Zaragoza Carlos Dembowski. En sus Dos años en España y Portugal durante la guerra civil (1838-1840) cuenta que cuando se acercaban a Zaragoza “la vena patriótica de los españoles se enardecía”. Y afirma: “De todo lo que he visitado aquí, me limito a indicaros el templo importante de La Seo, edificio gótico de la mayor belleza; la milagrosa Virgen del Pilar, por la que jura todo buen aragonés, y en boca de la cual el pueblo ponía aquella curiosa copla:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa,

el palacio de la Inquisición, que ha venido a ser por un capricho de la suerte prisión carlista, y, por último, la Torre Nueva, magnífico minarete árabe cuya campana mayor avisaba durante el bombardeo de los franceses”. De 1840 es la Descripción de los obsequios ofrecidos a SS. Majestades en la noble ciudad de Zaragoza. Nueva visita de los Reyes doña Isabel II, su augusto esposo e infantes, debida a Mariano Gil Alcalde y en la que se comenta particularmente la visita real a la basílica del Pilar y a su sacristía, donde la familia regia admiró el joyero de la Virgen.



“El Puente del Ebro”, en Zaragoza